



JANTIPA

¿EL GRAN AMOR DE
SÓCRATES?

MARÍA ELENA
SARMIENTO

¿El gran amor de
Sócrates?



Jantipa

¿El gran amor de Sócrates?

María Elena Sarmiento

Derechos reservados © 2010

Título original: Jantipa, ¿el gran amor de Sócrates?

Derechos reservados segunda edición: © 2020

Título: Jantipa

Subtítulo: ¿El gran amor de Sócrates?

María Elena Sarmiento Hoyo: angelitadel_cielo@hotmail.com

Portada: Wakamolemonster
wakamolemonster@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación sin permiso expreso de la autora.

El silencio es un adorno en la mujer.

Sófocles, *Áyax*.

Parte I

I

La esposa no debe tener sentimientos propios,
sino que debe acompañar al marido
en los estados de ánimo de éste,
ya sean serios y alegres, ya pensativos o bromistas".
Plutarco, Moralia.

"Hera, ¡no! No puedes permitir esto. ¿Ya viste con quién está hablando mi padre? Me va a cumplir sus amenazas y yo no puedo hacer nada. ¡Tienes que ayudarme! Ese ni siquiera parece hombre, más parece gemelo de Hefesto. Ay, no, perdón, no quise decir eso. Hefesto es tu hijo amado, y por lo menos su forja es prodigiosa. Es un dios y eso ya lo hace superior. Yo sé que con mi carácter y con lo tacaño que es mi padre, no merezco a alguien poderoso. No lo podría conseguir con la ridícula dote que mi padre querrá ofrecer por mi matrimonio, pero ese esperpento, el pedazo de hombre que está ahí parado, es un abuso a la fealdad.

Hera, yo te invoco. Por favor, atiende mis súplicas. Sólo tú que estás casada con el mejor de los dioses, con el más poderoso, puedes comprenderme. Zeus podrá tener sus deslices, pero como padre y soberano de dioses y hombres, también tiene la jerarquía para hacer tronar el universo, para fulminarlo. ¿Quién, en su sano juicio, podría hacerle una majadería a su esposa? Aunque tú eres de por sí una diosa, siempre ayuda estar casada con Zeus, ¿no? Un marido así siempre te da más respeto.

Yo no me hago ilusiones de casarme con un dios, pero por lo menos necesito un marido que haga que me respeten. Me urge salir de esta casa en donde nadie me comprende, pero si permites que mi padre me case con ese andrajoso que ni sandalias usa, voy a ser como el pez, que salta del balde al brasero.

¿Qué será de mí si me toca este esperpento?, ¡Y para toda la vida! Debe de ser el más feo de Atenas; ve nada más

esos ojos. ¿Ya te fijaste que cada uno mira para un lado diferente? ¿Te imaginas despertarme junto a ellos? Podría gritar de miedo por el resto de la eternidad. No lo permitas.

Están muy serios, y mi padre tiene el entrecejo fruncido. Sólo hace ese gesto cuando tiene un propósito fijo. Nada lo va a hacer cambiar de opinión. Es más terco que... más terco que yo.

Necesito que intervengas, poderosa Hera: que no se entiendan, que no lleguen a un acuerdo. Hazle saber a este engendro que tengo el peor carácter de todas las mujeres; que nada lo convenza de casarse conmigo, o hazle creer a mi padre que puedo mejorar mi genio, que piense que me puede conseguir un mejor partido. No estoy tan fea, tengo los senos grandes y mucho espacio entre las caderas para poder procrear y nací en una buena familia, merezco algo mejor.

Mírame bien. Soy yo, Jantipa, la única que visita tu templo constantemente. Mientras los demás elevan sus plegarias a Atenea, a Zeus, a Apolo, sólo yo te soy fiel. Siempre te he admirado, Hera, la veneranda, la de los grandes ojos y níveos brazos. Tú no eres sumisa, tú no te quedas callada. Sólo tú me puedes ayudar a conseguir un marido poderoso para hacer enmudecer a todos los que aseguran que nadie se va a querer casar conmigo.

Hera, yo te ofrezco una docena de granadas, te ofrendaré un pavo real, haré lo que me pidas, pero no dejes que me casen con eso, ¿ya viste que hasta trae el *chitón* roto? ¿Quién se atreve a salir así de su casa? Es el hombre más harapiento que haya visto jamás...

... ¡Se están dando la mano, Hera! ¿Por qué me has abandonado?"

Una voz apagada sacó a Jantipa de su ensimismamiento.

—¿Hasta con los dioses ya te estás peleando?

—¡Me asustaste! No te sentí entrar. Caminas como ratón.

Ni en el rostro ni en la voz de Hesperia se podía leer alguna emoción.

—¿Estás orando o los estás espiando?

Jantipa sonrió al darse cuenta de que la blancura de su madre y de su ropa se confundía con la del altar.

—Ay, ni se te ocurra empezar a sermonearme porque todo parece que éste va a ser un día funesto, el peor de mi vida.

—Siempre con tus exageraciones —Hesperia arreglaba las flores que ya de por sí estaban en perfecto orden—. A ver, dime, ¿cómo puedes saber eso? ¿Tus queridos dioses te mandaron una señal?

—Búrlate todo lo que quieras, pero no permitas que mi padre me case con el inmundo hombre con el que está hablando —Jantipa se acercó a Hesperia y trató de tomarle la mano, pero la mano de su madre huyó rápidamente hacia la espalda—. Si me quieres un poco, haz sonar tu voz y ruégale por mí. Te lo suplico, mamá.

Jantipa la abrazó hasta tomar su mano y la sostuvo entre las suyas, al tiempo que la mirada de Hesperia se endureció más.

—Ahora sí suplicas, Jantipa. ¿En dónde estaba tu compostura cuando derramaste la leche en la mañana?

—Fue un accidente, mamá. ¿No puedes entender eso? —alejándose del contacto materno, Jantipa dio un paso atrás. La voz de su madre no cambió de tono ni un ápice.

—Tu torpeza no tiene límites, pero eso no es lo peor. Me desobedeces a propósito.

—¡Jamás!

—¿Te serviste o no del guiso que Cora le había preparado a tu padre? Y te lo tragaste antes de que él siquiera lo probara.

—No pude resistir el olor, mamá. Adoro el cordero. Además, ¡tenía hambre!

—Comes como si fueras hombre, y después todavía te robas a puños las almendras dulces de la despensa. No sé cómo pude engendrar una hija así. Ya no veo el día en que

tu padre te consiga un esposo y te vayas de esta casa a la que sólo has traído gritos y malos tratos.

—Ten compasión. Casarme con el peor adefesio es castigarme de por vida.

—Eso lo debiste haber pensado antes de gritar a diestra y siniestra.

—¿Por qué no te quejas jamás de los gritos de mi padre?

—Él nos mantiene. Un hombre tiene derecho a gritar todo lo que quiera en su casa, que no se te olvide.

—Ya no voy a gritar. Voy a ser más silenciosa que la estatua de Hera. Por favor intercede por mí.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Soy tu hija. ¡Por Hera! Se supone que los padres deben amar a los hijos.

—Debo de haber sido muy mala en mi vida anterior. ¡Tú eres mi castigo!

Esas últimas palabras de Hesperia tuvieron un efecto inmediato en su hija: una explosión roja en el centro de sus vísceras que se extendió al resto del cuerpo. En un instante perdió el dominio de sí misma. Las flores que había cortado en la mañana para el altar de Hera, con todo y florero, salieron disparadas contra su madre, quien apenas se desplazó un poco de su lugar, como calculando sólo lo justo para esquivarlas.

El sonido de la cerámica rompiéndose contra la pared retumbó en los oídos de Jantipa y la hizo estremecer mientras Hesperia, sin alterar su gesto inexpresivo, se alejó caminando deprisa rumbo a su habitación.

Jantipa fue detrás de ella mientras exclamaba:

—¡Ni cuando tienes miedo corres, eres toda medida! —pero al llegar al patio central, cambió de opinión y se dirigió a la cocina. En el camino, iba gritando improperios. La voz le temblaba y repetía la última sílaba de algunas palabras—. ¡Te mereces estar casada con el hombre más mezquino de toda la Hélade! ¡Cobarde! —tuvo que detenerse

un segundo para respirar, se le había olvidado tomar aliento.

—¡Por cobarde estás relegada al gineceo y no sales jamás, eres una miserable, mujer insignificante! ¡Arpía!

Gritaba más para desahogarse que para ser escuchada por los demás. Hesperia ya había desaparecido de su vista.

Jantipa sabía que la cocina era el único lugar de la casa en donde disminuía el poder que su madre ejercía sobre los esclavos y sirvientes. Tal vez por eso era su lugar preferido, el sitio ideal para llorar, gritar, o comer un bocadillo que la hiciera olvidar cualquier pena.

Iba decidida a entrar, pero Cora estaba parada a la entrada de la cocina con el cucharón en la mano.

—No te atrevas a usar ese tono dentro de esta cocina.

Jantipa interrumpió su retahíla de insultos en seco. Miró el gesto contrariado de Cora, alzó los hombros en señal de que no le importaba y exclamó en una voz menos segura:

—¿Quién eres tú para impedírmelo?

—La única que habla contigo después de que has insultado a todos los que vivimos en esta casa.

Cora era una mujer gruesa, pero todavía atractiva. Había llegado a la casa cuando acababa de nacer el primer hijo de Hesperia y Lamprocles y había quedado bajo su cuidado. Era un niño adorable, pero por más que hicieron los médicos por él, murió a los pocos meses entre tosidos y fiebres.

Luego, nació Jantipa y a ella la había criado como si fuera propia. Hesperia estaba muy desilusionada de no haber podido concebir otro varón y la niña le recordaba su fracaso.

Jantipa prorrumpió en llanto y se abalanzó a los brazos de Cora.

—Todavía hay esperanza, mi niña. Cuando les serví el vino alcancé a escuchar una parte de la conversación de los hombres. Son tres: a Aristipo ya lo conoces; como de cos-

tumbre se burla de todo, pero el desconocido no se ríe de sus bromas, está hablando seriamente con tu padre.

—¿Lo viste? Es un adefesio ese con el que me quiere casar. Es pequeñísimo, y tiene pelos en la cara en lugar de en la cabeza, y la nariz parece que son dos, hace juego con los ojos, ¿te fijaste? cada uno mira hacia su propio lado. No me digas que fue Aristipo quien lo trajo a la casa.

—No vi si llegaron juntos, pero Aristipo sólo es superficial en apariencia, en el fondo es un buen hombre. Si lo trajo él, por algo será.

—Lo defiendes porque es de Cirene igual que tú.

—Ustedes los atenienses desprecian todo lo que no venga de su *polis*, pero mi tierra es un lugar de gran cultura y Aristipo, aunque es joven, llegará lejos, ya lo verás.

—Pues ya, aunque fuera que con ese me casaran, aunque no sea ni siquiera un ciudadano, al menos es guapo y simpático, por lo que me cuentas, pero nada más de ver al zarrapastoso, estoy tratando de imaginar qué pude hacer para disgustar tanto a mi padre. ¿De verdad soy insoportable?

—Escúchame, Jantipa. No echas a volar tu imaginación antes de saber exactamente lo que está pasando. Tal vez no te cases tan pronto como parece.

—¿No se pusieron de acuerdo en mi dote?

—Algo todavía mejor. Este hombre que tú ves como un vil zarrapastoso, tiene ideas radicales. Dice que aceptar el dinero y los bienes que se dan por el matrimonio es como comprar una mujer.

—Pues tiene razón, pero por algo existen las costumbres. Todos saben que la dote es para ayudarles a los recién casados a vivir mejor. ¿O está pensando en llevarme a vivir con él como hacen los pobres?, ¿sin dote?

—Me pareció un loco, pero creo que me gustó lo que alcancé a escuchar. Dice que tiene que haber amor entre los esposos y para que eso suceda, se tienen que conocer antes de casarse.

—¡Definitivamente está loco! ¿Se refiere a compartir el lecho conmigo? ¿Como si yo fuera una cualquiera?

—Habla sólo de tratarte, de entender cómo piensas, de saber si se pueden amar uno al otro.

—¿Conoces a algún hombre que ame a su mujer?

—Ay, mi niña, yo cómo voy a saberlo si sólo soy una esclava, pero me gustaría creer que puede ser cierto. ¿Sabes? Estaba pensando en mí. Me vendieron por unos cuantos dracmas, para pagar la deuda de mi padre. Yo era muy joven y vine llena de miedos a esta casa.

—¿Eres esclava por una deuda? Nunca me habías contado esa historia. ¿Por cuánto tiempo te comprometiste para pagar tu deuda?

—Por tres olimpiadas.

—Yo ya cumplí mi cuarta olimpiada y tú llegaste antes de que yo naciera.

—Mi deuda quedó saldada hace años.

—Cora, nunca me dejes. ¿Qué haría yo sin ti en una casa donde nadie me quiere?

—No tengo a dónde ir, mi niña. Ésta es mi familia y ya hasta a tu madre me acostumbré. Te decía que estaba pensando en mi caso porque se podría decir que tu padre me ama a su modo, y en cierta medida, yo también lo quiero. Lamprocles ha sido el único hombre que he conocido. Además, ha sido generoso conmigo.

—¿Generoso?, ¡por Hera!, ¿Cómo puedes decir eso si es el hombre más tacaño de la Hélade? Mírate, sigues siendo esclava por una deuda que ya pagaste. Te tiene trabajando, relegada a la cocina.

—Exactamente. Quien administra la cocina, administra la casa. Comparto su lecho con más frecuencia que Hesperia y es amable conmigo. Confórmate con lo que un hombre te puede dar, mi niña. ¿Qué más se les puede pedir?

—Que haga que te respeten. Que su nombre te dé dignidad. Que te haga los niños más hermosos de la Tierra. No sé, que te saque de la casa paterna al menos, ¿no?

—Ay, mi niña, qué golpes te faltan todavía. ¿Tú realmente crees que un hombre es la solución a todo en la vida?

—Un hombre importante, no uno cualquiera.

—Tú tienes que encontrar la forma de ser feliz, mi niña, de procurarte tus propias alegrías.

—Mira quién habla. Tú vives como esclava cuando podrías ser libre. ¿Qué alegría puedes tener tú que no usas ni joyas ni ropa fina jamás?

—Yo te encontré a ti, que tienes un corazón de oro.

—Eres la única que ve un reflejo dorado en mi corazón, Cora. Para los demás sólo soy una latosa, una carga.

—Mi Jantipa hermosa, tienes que aprender a controlar tu carácter. A ningún hombre le gusta una mujer que grite. Trata de ser más silenciosa.

—No lo puedo evitar, Cora. Ya sabes que de repente todo lo veo en rojo. No sé cómo ni por qué, pero ese color me domina. Cuando me invade el rojo, pierdo el control de mí misma y ¿quién me puede culpar si hasta los dioses se dejan llevar por la cólera?

—Pues sí, mi niña, pero son dioses. Bájate ya del Olimpo, en donde sólo vives de sueños.

—Cuando mi madre se lamenta, incluso delante de las visitas, de haber tenido sólo una hija, quisiera ser Zeus y atarla a la roca más alta del Cáucaso, para que un águila le devore el hígado todos los días. Entonces se daría cuenta de que es bueno tener a alguien a la mano, aunque sea una hija que, como dice ella, sólo pide y pide.

—Ay, mi niña, ¿y dónde está tu misericordia?

—Tan pronto mi madre reconociera que valgo, la liberaría y expulsaría a todas las águilas de Atenas, para que pudiéramos vivir felices como familia. Es más: la cubriría de bálsamos y caricias y le regalaría una esclava para que la abanique a la sombra y que no tenga que aguantar las órdenes eternas de mi padre.

—Eres una soñadora y yo todavía tengo que preparar la comida. ¿Me ayudas?

—Cora, ya sabes que soy un caso perdido. No sirvo para nada en la cocina.

—Bueno, quita las uvas malas de aquellos racimos.

—¿Eso me va a ayudar a tener los pies en la tierra?

—Te digo que eres lista, mi niña, aunque tiendes a mirar sólo para arriba.

Para Jantipa, la amenaza del matrimonio había quedado momentáneamente en el olvido, y sólo sus ojos enrojecidos daban prueba del berrinche del día.

Lamprocles entró en ese momento.

—¿Criatura del Tártaro, dónde te has metido?

—Aquí, papá, estoy ayudando en la cocina. Puedo ser útil como hija.

—Me parece admirable que hagas tus labores domésticas, pero hay un asunto que debes atender antes.

—¿Antes? Antes que nada, dime que no es cierto que me quieras casar con el hombre con el que estabas hablando.

—Todavía no le doy mi palabra, pero quiere conocerte, tratarte un poco ahora que todavía no es definitivo el matrimonio.

—¿Y tú aceptaste? ¿Qué pasó con eso de que no hay que romper las tradiciones? ¡Tú eres el que las defiende a como dé lugar!

—No tengo que darte explicaciones, muchacha; arréglate un poco y alcánzanos en el *androceo*, el lugar de los hombres, donde siempre has querido ir. Sócrates quiere platicar contigo.

—Al fin puedo ir al androceo, pero en estas circunstancias, prefiero seguir encerrada con los que nunca podremos llegar a ser ciudadanos. No quiero que me exhibas como mercancía.

—Como tela estarías dañada, hija mía. Imagínate una tela que no se dejara hacer vestido, sino que insistiera en hacer su voluntad. No podría venderte a ningún incauto.

—¿Por qué ese hombre me escogió a mí?

—Eso mismo me he preguntado una y otra vez durante nuestra plática, pero es preferible callarse ciertas cuestiones. El interrogarlo sobre sus motivos para elegirte entre todas las mujeres es como reconocer que no eres valiosa, y

eso jamás lo aceptaremos frente a los extraños, suponiendo, como dice tu madre, que sea cierto. ¡Arréglate!

Jantipa apretó los puños para no contestarle a su padre lo que tenía en la punta de la lengua. De nada serviría pasar otra eternidad castigada, terminaría haciendo lo que le mandaran, de una forma u otra.

Se dio la vuelta y se dirigió a su habitación, dispuesta a someterse a las órdenes. Su *peplo* estaba sucio, necesitaba uno decente. Iba tropezándose por el camino, como si los pies se resistieran a obedecerla y acataran secretamente sus deseos. Mientras tomaba un *peplo* limpio pensaba:

“¡Qué débil es mi voluntad! Ni mi cuerpo la obedece. Sé que tengo que ser dócil, sé que todas las mujeres lo traen en su espíritu, pero yo nací averiada. No se me da naturalmente. Tengo que empeñarme en eso de la docilidad, pero ¿cómo quieren que sea obediente cuando mandan cosas tan injustas? No quiero que me exhiban. ¿Qué tal si hasta el andrajoso me rechaza? ¿Si decide que ni siquiera para él soy buena? Ni con golpes voy a poder borrarles las sonrisas burlonas a las amigas de mi madre, a las sirvientas y esclavas.”

Desató su *peplo* con jalones desesperados y lo arrojó al piso. Se lavó los pies en la palangana que para tal fin tenía en el pasillo que daba a su habitación.

“¿Y si me presento con la ropa llena de manchas? Si me dejo la ropa sucia, se va a dar cuenta de lo que es evidente para todo el mundo que me conoce: que soy un desastre, y entonces, tendría la oportunidad de conseguir un mejor marido. ¿Qué tal que le hago un agujero a mi *peplo*? Sería irónico que mi padre, que vende telas y las confecciona, tuviera una hija que viste de viejo. Lo pondría en vergüenza, sería una justa venganza.”

Se anudó el *peplo*. Se calzó sus mejores sandalias, se pintó los labios y se apresuró al androceo. Entró como se suponía que debía hacerlo: en silencio y con la mirada baja.

II

Sócrates detuvo su flujo de palabras en seco y en un instante reinó el silencio. La habitación era espaciosa y, por la puerta abierta que daba al patio interior, penetraba el sol de la tarde. Los tres hombres que ahí se encontraban estaban sentados cada uno sobre un *kliné*. En estos muebles semejantes a camas cabían dos o tres personas y estaban distribuidos alrededor del suelo de mosaicos con la figura de Hestia, la diosa del Hogar. Sócrates se recargaba sobre el brazo y, a pesar de que sus piernas estaban estiradas sobre la cubierta mullida, sus pies descalzos no alcanzaban, como los de los demás, el extremo del *kliné* donde estaba sentado. Su *chitón* no estaba bien amarrado sobre su hombro derecho y la tela se abría un poco dejando ver la parte alta de sus piernas, casi hasta llegar a su virilidad. Todos lo miraban a la cara, como si no se hubieran dado cuenta de eso.

Cada hombre tenía una mesa cerca; el *kílix* de vino de Lamprocles estaba encima de la suya, a medio tomar; el de Sócrates, también sobre su mesa, seguía todavía lleno y el de Aristipo se balanceaba en su mano derecha y ya dejaba ver la figura de Atenea Partenos, la virgen, en su fondo vacío. Casi todos los *kílix* en Atenas tenían figuras eróticas, pero Lamprocles había mandado a hacer los suyos de acuerdo con su propia severidad moral. Una esclava gorda se había acercado a servir más vino y hasta ella pareció congelarse por un momento ante la entrada de Jantipa.

Las miradas de todos cayeron como un peso muerto sobre la recién llegada que, empequeñecida, se encorvaba procurando no ocupar mucho espacio sobre la tierra.

Ella trató de sonreír; buscó la aprobación de su padre, pero él esquivó la mirada: estaba muy nervioso, inseguro de la mujer que trataba de colocar. Aristipo, un joven amigo de Cora, que había venido de Cirene, ostentaba su con sabido gesto burlón. Jantipa fruncía el ceño anticipando el